

definitiva. de poeta y de hombre, ha sido una y la misma.—

ELEAZAR HUERTA.



<https://doi.org/10.29393/At190-11RNML10011>

THE RAPE OF NETHERLANDS, por *E. N. van Kleffens*.—London 1941. 253 págs. con tres ilustraciones y un mapa.

El libro del que sigue siendo Ministro de Relaciones Exteriores holandés, Sr. Kleffens, «El Rapto de Holanda», reimpresso cuatro veces en el breve espacio de cinco meses, merece ser leído y ello no sólo por lo que nos dice respecto a Holanda, víctima de la agresión alemana, sino por la enseñanza que su caso representa, aun sin proponérselo el autor y también por lo que deja presumir para el porvenir. Actualmente todo libro seriamente hecho sobre la guerra, y éste es uno de ellos, debe ser leído y meditado, pues la época en que vivimos no es sólo propicia para enterarse, sin más, de lo que pasa en Europa sino también para reflexionar sobre lo que puede acontecer en América.

El libro es un libro objetivo, a nuestro juicio demasiado objetivo aun después de todo lo que le ha sucedido a Holanda por parte de Alemania, y quizá este afán de objetividad en un hombre que, salvo un pequeño intervalo, ha sido durante años Ministro de Relaciones Exteriores, ha sido más perjudicial a Holanda de lo que dicho Sr. Ministro pueda aún suponer. Con esto no queremos indicar la causa de la desgracia que hoy aflige a dicho país y que desde luego lamentamos, sino el hecho terriblemente cierto de que en la vida de los pueblos, como en la de los hombres, el querer ser objetivo, es decir, situarse fuera de los dos bandos, que representan ideales distintos y en los que se juega todo el ser o no ser de una Humanidad, no es admisible. Tan no es admisible que los hados fatales se encargan, sangrientamente, de hacerlo presente. Por eso, los laudables

esfuerzos del Sr. Kleffens para mostrarnos a Holanda como campeona de una imperturbable neutralidad y evidenciar así lo más injustificado de la agresión, no nos convencen. Holanda justamente como consecuencia de esa imperturbabilidad—inadmisible dadas las circunstancias de Europa y lo que en ella se ventila—marchaba por un mal camino, el que tantos pueblos por un egoísmo más o menos complejo, han seguido. Esa actitud de obstinada neutralidad muestra la falta de perspectiva política del Sr. Kleffens y del gobierno a que pertenecía.

La neutralidad es un bien desde luego deseable para todo país, pero es preciso distinguir siempre hasta donde la misma, por exigencias sentimentales, ideológicas y geográficas puede y debe mantenerse. Todos estos factores van unidos y deben ser sopesados debidamente en la balanza de un ministro de Relaciones Exteriores. El gobierno holandés debió pensar, y los ejemplos abundaban ya en los acontecimientos europeos, entre ellos el de la República española, que el gobierno holandés en su afán de «equilibrio» no supo jamás comprender, que su «caso» llegaría fatalmente, sin que le valiera de nada el malabarismo de una neutralidad en la que nadie creía y que era incapaz de imponer materialmente.

Por otra parte, y esto es lo fundamental, lo medular de lo que pasa en Europa, ¿lo que se ventilaba entre Inglaterra y Francia de un lado y Alemania de otro, era una cuestión de territorios o algo parecido? No, era algo mucho más hondo y ello pese a los primeros designios de los propios beligerantes, pues la Historia asigna a cada uno de ellos un valor cultural en el que quizá primeramente no se pensó, pero que se puso después y bien claramente de manifiesto. Dicho algo era nada menos que el de mantener un régimen de Libertad humana o el de imponer un sistema, en el cual el Individuo pasa a ser un instrumento. Es la oposición que gráficamente se oye decir, entre el Hombre-persona y el Hombre-cosa. El primero, lo defendían,

tras haber cometido serios errores, los aliados—hoy sólo los ingleses—y lo defendían como una enseña claramente visible y comprensible; el segunno, lo propugnaban y propugnan los hitleristas, y ese corpúsculo que se llama a sí mismo «invencible» fascismo italiano. ¿Es que cree sinceramente el Sr. Kleffens, que en momento tan decisivo, tan crucial para la vida de los pueblos, especialmente para los pequeños y las pruebas a la vista estaban, caben actitudes neutrales, equivalentes a un yo no sé nada de esto? De ninguna manera. Los pueblos auténticamente conscientes de lo que se ventilaba, de lo que fatalmente iba a pasar y sobre ello es inadmisibile se alegue ignorancia por los gobiernos, debieron ponerse, si querían mantener al Hombre-persona del lado de Inglaterra y Francia. Muy posiblemente si esto se hubiera hecho a su debido tiempo, y ello era perfectamente hacedero aun corriendo peligros que siempre existieron, las cosas habrían marchado de otra manera. En todo caso, se puede tener la seguridad, creemos que el señor Kleffens la tendrá ya, de que por lo que atañe a Holanda las cosas no habrían ido peor.

En la vida existen, como decimos, momentos en que es preciso y categóricamente *definirse* sin aguardar a un *después*, pues si uno se define, de acuerdo con sus ideales, los que sean, resulta que se cae a la postre vencido sin poder vanagloriarse nada más que de haber defendido una posición propia, pero no un ideal que es en definitiva, cualquiera que sea, lo que cuenta. La neutralidad es sólo una postura y no representa tampoco un deseo de paz, es algo de tipo negativo que en determinadas circunstancias y ante valores superiores de índole general debe dejar paso a los ideales que se sustenten. Si Holanda, como dice Kleffens era un país demócrata, y nosotros lo creemos, debió ponerse decididamente del lado franco-británico y esta posición pudo ser tomada con bastante anterioridad a la declaración de guerra. Si esta reflexión se la hubiera hecho el gobierno holandés y otros que andan refugiados en Inglaterra o dis-

persos por ahí, repetimos que las cosas no hubieran sido tan fáciles para Alemania.

Aun prescindiendo del ideal, que es mucho prescindir, Kleffens, Ministro de Relaciones Exteriores desde muchos años, hubiera debido tener en cuenta que, geográficamente, la neutralidad era insostenible. Esa neutralidad a ultranza la podría sostener un país no vecino de Alemania y aun diremos que alejado de ella, pero no una Holanda que es país de «paso» para Inglaterra. El Sr. Kleffens cita una serie de acontecimientos que demuestran bien a las claras y con anterioridad a la invasión, los propósitos de Alemania y, sin embargo, el gobierno holandés seguía obstinadamente un camino absurdo. Es más, desde un punto de vista lógico-filosófico el objetivismo proclamado por los holandeses para mantener su neutralidad, es en puridad puro subjetivismo, la consagración de una posición personal más o menos egoísta. Añadamos aún que dicha neutralidad, como tantas otras que han sido deshechas, a quien favorecía exclusivamente era a Alemania. Basta recordar los acontecimientos y leer lo que el propio Kleffens dice para convenirse de que Hitler mantuvo dicha neutralidad holandesa y no Holanda, hasta que le convino deshacerla con el más clásico de los pretextos nazistas: el que la Holanda había faltado a la neutralidad.

A partir de entonces Holanda fué atacada por todos los lados, incluso desde dentro por medio de la quinta columna y los paracaidistas. Fué terriblemente bombardeada, sobre todo Rotterdam, cuyas calles y edificios recordamos. La fuga de la reina Guillermina y de los demás miembros de la familia real impresiona y da idea de los momentos críticos que pasó Holanda durante unos días que debieron parecer eternos. Después, la ocupación que, afortunadamente, no ha hecho desaparecer el Estado holandés, cuya sede se encuentra hoy acogida en suelo británico.

El libro de Kleffens, pese a todo el dolor que palpita en

sus páginas encierra un optimismo para el porvenir de Holanda y desde luego muestra una Holanda más viva y más penetrada, que antes, de su misión. La lección ha sido terriblemente dura para un pueblo pacífico, trabajador y culto, pero al cual le han faltado mentalidades que supieran determinar el futuro que se estaba creando en Europa. La neutralidad de la pasada guerra no era un motivo y desde luego no tenía el valor de una experiencia, pues en la historia de los pueblos, como en la de los individuos, la vida—la historia—no se repite nunca. Esto es lo que debió tenerse en cuenta.

Holanda lucha hoy al lado de Inglaterra y desea ardientemente volver a ocupar su suelo metropolitano. Lo deseamos sinceramente, pero también esperamos que en lo sucesivo medite que en el mundo no se vive solo, que es preciso convivir con aquéllos con quienes ideas, sentimientos, cultura, etc., nos unen. Convivir es estar juntos tanto en los buenos como en los malos momentos. Este ejemplo de convivencia lo ha recibido Holanda de la Gran Bretaña que, pese a todos sus errores políticos, representa hoy el ideal del Hombre-persona.—MANUEL LÓPEZ-REY.



NOTAS SOBRE LIBROS DE POESÍA

Hace ya semanas que hemos estado leyendo algunos de los libros publicados últimamente por nuestros poetas. Unos pertenecen a jóvenes que comienzan su vida de autores, y otros que son el mensaje tercero o quinto, de los ya consagrados a la labor lírica.

Hemos permanecido un instante frente a estos libros. Y recordamos lo que alienta en cada uno. Algo nos sobrecoge e inquieta frente a éste, por su filosofía; este otro nos recuerda, por sus elementos, el mar y su vaivén inalterable; y aquél nos emociona, por los motivos amorosos y sentimentales; luego otro